

Primera Impresión de Anoche

GALILEO, (tres actos de Bertolt Brecht por la Comedia Nacional en el Solís) platea en forma más dialéctica que dramática el conflicto del hombre de ciencia entre la Razón y la Autoridad. La obra es abrumadora como espectáculo, pero es tal el brillo de sus diálogos y enormes monólogos, tal la fuerza discursiva de sus mejores escenas, tal el ímpetu de sus demostraciones, que la resistencia del espectador acaba por desgastarse.

Por otra parte, lo que dice Brecht tiene suma relevancia hoy día, cualquiera sea el hombre que encarne la Razón y el Estado que encarne la Autoridad. La versión de Yáñez es fervorosa, revela un apasionamiento por el texto que le ha impedido aligerarlo un poco más. El resultado es cuatro sólidas horas de teatro en que el director consigue muy buenos momentos y Alberto Candreau crea un Galileo humano, rico, irónico y muy convincente. En un vasto reparto se lucen a ratos Guarnero (largo discurso del Inquisitor), Traidor (una escena casi muda como Papa) y Horacio Preve, una macchietta muy cómica al comienzo). Hay fallas graves de ritmo, hay escenas pifiadas (el Carnaval, sobre todo), hay errores. Pero sobre todo prima la calidad general del espectáculo que se recomienda a los espectadores más fogueados. — E.R.M.